

Profeta falso era aquel cuya prediccion no se verificaba.

» Los oráculos de cualquier género que fuesen, tenían siempre por objeto el satisfacer la curiosidad de los que los consultaban, y casi siempre lisonjear su vanidad, su ambición, sus pasiones. Los profetas no daban nada á la curiosidad del pueblo á que hablaban, no le halagaban; al contrario, le reprendían con severidad sus pasiones y sus crímenes; le anunciaban frecuentemente castigos y miserias, y cuando le prometían prosperidades, era con condicion de que las mereciese por su piedad.

» Otra diferencia importante hay entre los oráculos del paganismo y las profecías del antiguo Testamento; y es que aquellos son en corto número, relativos cada uno á un solo punto, no teniendo ninguna relacion, ni ningun objeto importante: estas al contrario, son en grandísimo número, es una cantidad de predicciones relativas todas al mismo objeto, al Mesías y á su religion, y que están intimamente ligadas á toda la historia judaica.

» Mas (y esta es la segunda objecion) el demonio puede hacer profecías: los Padres de la Iglesia convienen en ello, como que le atribuyen la mayor parte de los oráculos del paganismo. Si la profecía puede ser el lenguaje del demonio, ¿como se reconocerá en ella con certeza la palabra divina?

« Es una cuestion que divide á los sabios el decidir si los antiguos oráculos del paganismo que se refieren eran todos imposturas humanas, ó si algunos eran obras diabólicas. Vaudale y Fontenelle han sostenido que no habia en todas estas predicciones mas que supercherías de sacerdotes interesados y codiciosos. El padre Balthus y M. Seigneur de Correvon han pretendido al contrario que, entre estos oráculos, habia algunos cuyo autor era el demonio. No son solo los autores modernos los que se dividen acerca de este punto. Si entre los santos Padres se hallan algunos que atribuyen al demonio diversos oráculos, hay otros que los tienen á todos por fabulosos y obra de la impostura: tales son, entre otros, Taciano, *Contra Græcos, orat., núm. 19*; S. Clemente de Alejandria, *Cohort. ad Gentes, cap. 2*; Origenes, *contra Celsum, lib. 7, número 3*; Eusebio, *Præpar. Evang., lib. 4, cap. 12*; S. Juan Crisóstomo, *In Joan., homil. 19, al. 18*; S. Jerónimo, *Comment. in cap. 41 Isaia, lib. 12*. Aun entre los filósofos de la antigüedad habia muchas sectas, especialmente las de Epicuro y de Aristóteles, que trataban de mentiras y picardías todos

los oráculos que el pueblo veneraba. Nosotros hemos visto que Ciceron en el segundo libro de su *Tratado de la Adivinacion*, refutando las diversas maneras usadas entonces de anunciar lo futuro, demuestra que no hay en todo esto mas que fraude y artificio. Mas no tenemos interes en entrar en esta discusion: nos importa poco que el demonio haya ó no haya hecho predicciones, que estas predicciones se hayan ó no realizado. Admitiendo, si se quiere, y por complacencia, que las hace, diremos en primer lugar que ignoramos la medida de los conocimientos que Dios le ha dado sobre las cosas de este mundo: así seria posible que por sus luces naturales previese sucesos futuros, á los cuales no pueden alcanzar las nuestras. Sin embargo, aun en esta hipótesis, seria imposible el concederle la prevision de las cosas que dependen de voluntades libres, sobre las cuales no tiene poder, y que tampoco puede conocer. Por lo demás, cualesquiera que sean las cosas que sus luces naturales le hacen predecir, estas, como ya lo hemos hecho ver, no son profecías: nosotros diremos en seguida sobre las profecías lo que hemos dicho sobre los milagros. Si alguna vez el demonio puede hacer algo del orden sobrenatural, no es sino por una permission particular de Dios; mas yo estoy cierto de que Dios no le permitirá hacer tales cosas, sin darme un medio para descubrir á su autor. Dios no autoriza prodigios para acreditar la mentira, él debe á sí mismo, á sus divinos atributos, á la veracidad, á su bondad, y aun á su justicia, el prevenir el error funesto á que nos conducirían.»

Volvamos á la definicion que Bergier da de la profecía.

Por *acontecimientos futuros* no se entienden los efectos naturales necesarios de las causas físicas: un astrónomo anuncia los eclipses, un piloto prevé una tempestad, un médico anuncia las crisis de una enfermedad sin ser por esto profeta. Un político hábil, que conoce por experiencia el curso ordinario de las pasiones humanas y el carácter y los intereses de los que están al frente de los negocios, puede presagiar de lejos ciertas revoluciones, y hablar con una especie de certidumbre sin ser inspirado por Dios. Una profecía propiamente dicha, es la prediccion de las acciones libres que harán los hombres en circunstancias determinadas. Solo Dios puede conocerlas, singularmente cuando se trata de los hombres que aun no existen, y él solo puede revelarlas.

Una profecía sorprende mas, y es eviden-

temente mas divina cuando anuncia ciertos sucesos sobrenaturales y milagrosos. Solo Dios sabe lo que tiene resuelto hacer con su omnipotencia en los tiempos venideros: cuando un hombre los anuncia de lejos y suceden como él lo dijo, no podemos dudar que fué un verdadero profeta, y que solo pudo hablar por inspiracion divina. Así, cuando Dios hizo saber al patriarca Abraham que sus descendientes llegarían á ser algun dia esclavos en el Egipto, pero que serían libertados por medio de prodigios, habiéndole anunciado esto como unos cuatrocientos años antes del suceso, *Génes., xv, 13* y sig., esta profecía se cumplió exactamente, y llevaba consigo un doble carácter de divinidad; porque solo Dios pudo hacer estos milagros, y él solo podia tambien anunciarlos. Lo mismo sucede con la promesa que Jesucristo hizo á los apóstoles de convertir las naciones con los milagros que ellos obrarían en su nombre: era igualmente imposible al entendimiento humano el prever esta conversion, y mucho mas imposible verificarla con las fuerzas de la naturaleza. Tal es el carácter de la mayor parte de las profecías del antiguo Testamento.

Los incrédulos, de acuerdo con los socinianos, piensan que Dios no puede prever ni anunciar las acciones libres de los hombres: hemos probado lo contrario en el artículo PRESCIENCIA, y haremos ver en el artículo PROFETA la infinita diferencia que hay entre las profecías que se contienen en la Sagrada Escritura, y las pretendidas predicciones en que ponian toda su confianza los paganos.

Algunos deístas, contra la prueba que sacamos de las profecías, ponen un argumento especioso. « Para que esta prueba, dicen, fuese convincente, serían precisas tres cosas cuya concurrencia es imposible. Que yo fuese testigo de la profecía, que lo fuese tambien de su cumplimiento, y que se demostrase que este suceso no pudo cuadrar casualmente con la profecía; porque al fin, la claridad de un anuncio hecho á la ventura no hace imposible su cumplimiento.»

Sostenemos que esta objecion contiene tres falsedades: es falso que para probar que se hizo una profecía mucho antes de haberse verificado, es preciso haber sido testigo; basta que lo asegure la historia con monumentos incontestables: lo mismo se debe decir de la certidumbre del cumplimiento y de su conformidad con la prediccion: es falso que el cumplimiento de una profecía clara y expresada con un gran número de circunstancias pueda verificarse por casualidad,

singularmente cuando solo Dios puede verificar lo que fué anunciado.

Fácilmente se hace la aplicacion de las reglas contrarias. Asegura Dios á Abraham que dentro de cuatrocientos años entregará la Palestina á su posteridad, no á la descendencia de Ismael, sino á la de Isaac. Renueva Dios esta promesa al mismo Isaac en favor de los hijos de Jacob con exclusion de los de Esau. Pero se dice que esta posteridad será esclavizada y oprimida por los egipcios, y será puesta en libertad por una serie de prodigios. Por esta profecía dirigen su conducta los patriarcas. Jacob, cercano á su muerte en Egipto, la deja por testamento á sus hijos; señala de antemano las diferentes regiones de la tierra prometida que debe ocupar cada tribu, y quiere que le entierren en ella al lado de sus padres. José, á la hora de su muerte, recuerda esta memoria á sus nietos: « Dios os visitará, dice, y os conducirá á la tierra que prometió á Abraham, á Isaac y á Jacob: llevad con vosotros mis huesos cuando partiereis.» Todo se ejecutó literalmente: los israelitas recuerdan estos anuncios cuando Moisés les predice su libertad de parte del Señor, y ellos le adoran. Por una cadena de prodigios se ven los del Egipto en la precision de darles libertad; despues de cuarenta años en el desierto entran en posesion de la Palestina, y se conforman con la última voluntad de José y de Jacob.

Es imposible que Moisés hubiese inventado esta profecía junto con toda la historia de la posteridad de Abraham, que viene á ser su cumplimiento. Los hechos principales los testifica la historia profana igualmente que los libros de los judíos, y aun es mas imposible que este cumplimiento se verificase por casualidad, porque fué precisa una serie de milagros. El orden en una larga sucesion de hechos no puede ser efecto de la casualidad, igualmente que el orden en las obras de la naturaleza.

Pudiéramos hacer ver la misma autenticidad y la misma verdad en profecías relativas á Jesucristo y á la conversion del mundo, de la que fué autor, y en las predicciones que él mismo hizo. Pero los incrédulos jamás se tomaron el trabajo de comparar los acontecimientos con estas predicciones, ni de considerar las profecías y la relacion que tienen con las circunstancias en que se hicieron.

Es indudable que este exámen es el que contribuyó tanto como los milagros de Jesucristo y de los apóstoles á la conversion de los judíos. Este divino Maestro, despues de haberles dicho: « Mis obras dan testimonio

de mí, » añade tambien: « Meditad profundamente las Escrituras, que tambien dan testimonio de mí. » *Evang. de S. Juan*, v, 36. En el c. 18 de los *Hechos apóstolicos*, 28, se dice que S. Pablo y Apolo convencian á los judíos, sin decir mas que lo que está escrito en las profetas. En el c. 58, v. 23, vemos que en Roma vinieron los judíos á ver al Apóstol, que un día entero les estuvo probando la fe de Jesucristo, por la ley de Moisés y por los profetas, y que muchos se convirtieron. S. Pedro, en su *Epíst.* 2^a, c. 1, v. 18, despues de haber citado el milagro de la transfiguracion, dice: « Nosotros hallamos aun mas firmeza en las palabras de los profetas, que vosotros haceis bien en considerar como una llama que luce en medio de las tinieblas. »

Pero algunos críticos, demasiado audaces, á quienes siguen los incrédulos, dicen que las *profecias* que alegaron á los judíos los apóstoles y los doctores cristianos, no se pueden aplicar á Jesucristo en su sentido propio y natural, sino en un sentido figurado, típico y alegórico, que se cumplieron literalmente en otro personaje, que fué el tipo ó la figura de Jesucristo, y en seguida se verificaron en este divino Maestro de una manera mas sublime.

Nosotros, al contrario, sostenemos que muchísimas de estas *profecias* se refieren directa y literalmente á Jesucristo, y no á ningun otro; que solo se cumplieron en él, y que así esta prueba es muy sólida, no solo contra los judíos, sino tambien contra los paganos y contra toda especie de incrédulos: esta verdad la hemos demostrado en muchos artículos de este *Diccionario*.

Nosotros ponemos entre estas *profecias* directas y literales: 1^o Las palabras que Dios dirigió al espíritu tentador despues de la caída de Adán, con las cuales le anunció que la raza de la mujer le quebrantaria la cabeza. *Génes.*, III, 15. Véase *PROTOEVANGELIO*. 2^o La promesa que Dios hizo al patriarca Abraham de bendecir á todas las naciones en uno de sus descendientes. *Génes.*, XVII, 18. 3^o La prediccion de Jacob á su hijo Judá de que naceria el Mesías de su descendencia. Véase *JUDÁ*. 4^o Lo que dijo Moisés á los judíos, *Deuter.*, XVIII, 15, que Dios les suscitaria un profeta semejante á él, y que si no le escuchaban, Dios le vengaria. 5^o El salmo 109, en que David habla de un sacerdote segun el orden de Melquisedech, cuyo sacerdocio será eterno. Véase *MELQUISEDECH*. 6^o El salmo 24, en el cual se pintan los trabajos del Mesías, y el mismo Jesucristo se le aplicó sobre la cruz. Véase *SALMO*. 7^o La *profecía* de Isaías

en el c. VII, v. 14, que anuncia que un niño nacerá de una Virgen, y se llamará *Manuel*, que quiere decir *Dios con nosotros*. Véase *MANUEL*. 8^o El c. 53 del mismo profeta, que describe los trabajos del Salvador. Véase *ISAÍAS*. 9^o El pasaje de Daniel, IX, 24, donde se anuncia que Cristo morirá setenta semanas ó cuatrocientos noventa años despues de la reedificacion de Jerusalem. Véase *DANIEL*. 10. Las *profecias* de Ageo, II, 7, y de Malaquías, III, 1, que aseguran que el Mesías vendrá al segundo templo que estaban entonces reedificando. Véase *AGEO*, *MALAQÜIAS*.

No decimos que sean estas las únicas *profecias* del antiguo Testamento que hablan de Jesucristo en sentido propio, directo y literal; pero que son las principales, y sobre las que disputan con mas terquedad los judíos, y bastan para refutar la pretension de los incrédulos y de los críticos temerarios de quienes hemos hablado.

Confesamos que además de estas predicciones directas hay otras *profecias* que llaman *típicas* y *alegóricas*, que son relativas á otro personaje; pero no fueron cumplidas en él con toda la energía de las palabras en que están concebidas, y que los escritores del nuevo Testamento las aplicaron á Jesucristo. Así S. Mateo, en el c. II, 15, aplica al Niño Jesus, vuelto del Egipto, lo que el profeta Oséas dijo del pueblo judaico: *Yo llamé á mi hijo del Egipto*; y en el v. 17 describe la muerte de los inocentes, como cumplimiento de las palabras de Jeremias, respecto á la desolacion de la Judea cuando fueron llevados cautivos sus habitantes: *Llora Raquel sus hijos, y no halla consuelo porque ya no existen*, etc.

¿Acaso no tuvieron razon los apóstoles y evangelistas para hacer esta aplicacion de las *profecias*? La tuvieron, y lo probaremos: 1^o Hicieron uso de las *profecias* literales y directas de que hemos hablado, y casi no hay ninguna que no esté repetida en el nuevo Testamento; por consiguiente, las otras no se añadieron sino por amplificacion. 2^o Este era el método de los antiguos doctores de la sinagoga: nosotros lo veremos tambien hoy por la paráfrasis caldea y por el Talmud; por consiguiente era un argumento personal, ó *ad hominem*, contra los judíos adictos á la tradicion de sus doctores. Esta prueba no tiene menos fuerza en el día contra los judíos modernos, quienes se precian de atenerse á su antigua tradicion. Esto es lo que autorizó á los santos PP. para servirse de estas *profecias*.

Aunque á primera vista parece que esta

prueba no debe hacer la misma impresion en un pagano que en un incrédulo, sin embargo es tambien suficiente para convencerlos; porque es imposible que se hallen tantas relaciones entre el objeto de estas *profecias* y Jesucristo, sin que este divino Salvador sea el fin y término de las mismas *profecias*. Confesamos que resulta mas luz de aquellas, cuyo sentido directo y literal es relativo únicamente á Jesucristo y al establecimiento de su Iglesia, y nosotros las citamos en el mismo sentido que los antiguos doctores judíos. Se pueden ver las pruebas en Galatin, de *Arcañis catholicæ veritatis*, l. 5, etc.

Para alterar su sentido y evadir sus consecuencias, los judíos modernos las entienden de una manera muy distinta que sus antiguos maestros. Obstinados en la idea de un Mesías, Rey, Conquistador glorioso y lleno de prosperidad temporal, quieren que todas las *profecias* se cumplan literalmente, por absurdo que sea el sentido que ellos les atribuyen. Esperan su prosperidad de un hijo de David, despues que acabó la raza de este monarca; un guerrero, que sin embargo se llama *el príncipe de la paz*; un destructor de las naciones, cuando el Mesías es anunciado como autor de la felicidad de todas ellas; un vencedor, que debe sufrir la muerte por los pecados de su pueblo; un reino temporal y al mismo tiempo eterno sobre la tierra; todos los placeres sensuales, cuando el Libertador prometido debe hacer que reine la santidad, perfecta y la justicia eterna. Todas estas ideas son evidentemente contradictorias.

Dios, dicen, prometió por sus profetas que el Mesías restituiria á la Judea las doce tribus de Israel, xxxvii de *Ezeq.*, 16. Esto es una falsedad: al fin del cautiverio de Babilonia volvió Zorobabel á la Judea con todos los judíos que quisieron acompañarle; pero en aquellas palabras no se trata del Mesías, ni habla de él el profeta. En el día están las doce tribus confundidas de tal modo, que ningun judío es capaz de demostrar á qué tribu pertenece.

Segun el mismo profeta, c. 38 y 39, *Gog* y *Magog* deben perecer con sus ejércitos en las montañas de Israel; imaginaron los judíos que *Gog* y *Magog* son los cristianos y los musulmanes, y se prometen hacer una sangrienta matanza, cuando logren tener al frente el Mesías. Sin embargo Ezequiel no habla del Mesías una sola palabra en estos dos capítulos, y parece que quiso designar en las palabras citadas la derrota de los ejércitos enviados contra los judíos en tiempo de los Macabeos.

Dicen que, segun la prediccion de Zacarías en el *cap.* 4, se deben allanar los montes y los valles, secarse el Nilo y el Eufrates para dejar libre paso á los judíos, que se dividirá en dos el monte de las Olivas, etc. Pero Dios no hace milagros ridiculos y superfluos para satisfacer el orgullo de una nacion. Bien claro está el sentido de la *profecía*: si fuera preciso rebajar los montes, allanar los valles y trastornar toda la naturaleza, Dios lo hubiera verificado para sacar á su pueblo del cautiverio de Babilonia, y á pesar de todos los obstáculos no dejaria de cumplirse su promesa.

El templo de Jerusalem, continúan los judíos, debe reedificarse segun la forma, el plan y las dimensiones trazadas por Ezequiel en el *cap.* 40 y sig. El templo fué reedificado despues del cautiverio de Babilonia, y no son capaces de probar los judíos que en su reedificacion no se siguieron la forma y el plan trazados por el profeta.

El mismo Ezequiel en el *cap.* 37, y Daniel en el *cap.* 12, dicen que todos los pueblos deben venir á Jerusalem para celebrar las fiestas judaicas, que se deben destruir en toda la tierra la idolatría y todos los crímenes, que debe volver el profeta Elias, y que en el reinado del Mesías se debe verificar la resurreccion de los muertos: nada de esto sucedió, dicen los judíos, ni despues del cautiverio de Babilonia, ni en el reinado del pretendido Mesías, á quien adoran los cristianos; luego todo esto se verificará en el porvenir cuando Dios lo resolviere.

De este modo se lisonjean los judíos con falsas esperanzas. Por mas que digan, despues del cautiverio de Babilonia, los judíos dispersos por las regiones del Oriente, venian á Jerusalem á celebrar sus fiestas: no se entregaron á la idolatría como antes; y con las reformas que hizo Esdras, se hicieron menos relajadas sus costumbres. Aun cuando esta revolucion se anunciara en términos aun mas pomposos, no se seguiría que no se cumplió la prediccion suficientemente.

Ezequiel no predijo la resurreccion de los muertos, sino que compara con ella la libertad de los judíos del cautiverio de Babilonia, sin hablar una palabra del Mesías. En cuanto á la vuelta del profeta Elias, no hay duda que volvió al mundo en la persona de san Juan Bautista, y se apareció de nuevo en el día de la transfiguracion de Jesucristo. Los judíos dudaron si el Bautista ó el mismo Jesus era Elias que habia resucitado. *S. Mat.*, xvi, 14, xvii, 3 y 12, etc.

Los judíos confunden los acontecimientos

que debían suceder á la vuelta del cautiverio de Babilonia, y que anunciaron con énfasis los profetas, con los prodigios espirituales que debía obrar el Mesías, é hicieron de los profetas un caos ininteligible. En esta confusión fundan los incrédulos sus argumentos, como si los mismos profetas hubieran hecho esta miscelánea para inducir á los judíos en error. Pero cuando se busca sinceramente la verdad, se distingue fácilmente lo que se debe tomar á la letra, y lo que se debe entender en un sentido figurado; lo que debió suceder cuando volvieron los judíos de su cautiverio, y lo que se cumplió cuatrocientos ó quinientos años despues.

Es verdad que aun hay en el cristianismo algunos figuristas, cuyo sistema es muy propio para sostener el empeño de los judíos, como fundado en las mismas preocupaciones. Cuando les parece que una *profecía* no se cumplió suficientemente en el antiguo Testamento, ó á la venida de Jesucristo, infieren de ello que se deberá cumplir al fin del mundo en la segunda venida del Salvador, á juzgar á los vivos y á los muertos. Mezclando todas las *profecías*, que les parece designan el mismo objeto, las de los antiguos profetas con las del Evangelio, y las de S. Pablo con las del Apocalipsis, forman un cuadro de imaginación, que es tan fácil de destruir, como de componer. ¿Cómo serán capaces de probar que los judíos se equivocan en trasportar á la venida futura de su pretendido Mesías las predicciones que no les parecen suficientemente cumplidas, cuando ellos mismos se toman la libertad de aplicarlas á la segunda venida del Salvador? Por lo mismo, lo mas seguro es atenernos al sentido literal de las *profecías*, suficientemente fijado por la tradición de la Iglesia, una vez que nada se puede sacar de las explicaciones místicas, y que abusaron de ellas una infinidad de escritores.

V. FIGURA, FIGURISMO, FIGURISTA.

Profesion de fe. Declaración pública de lo que se cree: cuando está puesto por escrito, se llama tambien *simbolo* y *confesion de fe*. Véanse estos artículos. La Iglesia no admite á ningun adulto á recibir el bautismo, sin que haga su *profesion de fe*; y cuando se bautizan los niños, la verifican los padrinos en nombre del bautizado. Tambien se exige de los herejes cuando quieren reconciliarse con la Iglesia. El simbolo de los apóstoles es la *profesion de fe* mas antigua que conocemos.

En los artículos ARRIANISMO, ARRIANOS, hemos notado multitud de *profesiones* ó *confesiones* de fe, compuestas por estos herejes,

sin que jamás hubiesen acertado á contentarse ni á fijarse en ninguna: lo mismo podemos decir á los protestantes, de quienes hemos citado por lo menos doce ó quince; pero la Iglesia católica, mas constante en su creencia, aun conserva en nuestros dias el simbolo de Nicea, que no es mas que una explicacion del simbolo de los apóstoles.

Profesion religiosa. V. VOTOS.

*[Alejandro III, que presidió en 1179 el concilio tercero Lateranense, enseña en el cap. *Verum, de Conversione conjugatorum*, que despues de la celebracion del matrimonio puede una de las partes contratantes retirarse á un monasterio, aun contra la voluntad de la otra, con tal que el matrimonio no haya sido consumado, y en este caso es permitido pasar á otro matrimonio á la parte que quede en el siglo: doctrina enseñada igualmente en el capitulo *Ex. publico* del mismo título, y en el capitulo *Commisum, de Sponsal. et Matrim.* Si á esta decision de Alejandro III se opone el capitulo *Prætera, de Conversione conjugatorum*, en donde el pontifice ordena que se haga salir de un monasterio á un hombre que hubiese profesado en él, y cuya mujer no quiese obligarse á guardar castidad, será fácil conciliar las dos decisiones diciendo que en el capitulo *Verum* se trata de un matrimonio hecho y no consumado, pero que en el capitulo *Prætera* se trata de un matrimonio que habia sido consumado por la cohabitacion entre las partes. El concilio de Trento (ses. 25, cán. 6.º) definió en términos muy expresos que el matrimonio que no ha sido consumado, *matrimonium ratum et non consummatum*, puede disolverse por la profesion religiosa de una de las partes: « *Si quis dixerit matrimonium, ratum non consummatum, per solemnem religionis professionem alterius conjugum non dirimit, anathema sit.* » Así hay fundamento para decir que la indisolubilidad del matrimonio no llega á ser perfecta y absoluta, sino por la consumacion, la cual produce una union corporal, que solo la muerte de una de las partes puede romper. Esta indisolubilidad está establecida sobre aquellas palabras del Génesis, cap. 2: *Erunt duo in carne una*, las cuales no convienen sino al matrimonio consumado.]

Profesor de teología. V. TEOLÓGIA.

Profeta. El que predice lo futuro por inspiracion de Dios. En la Sagrada Escritura no siempre tiene el mismo sentido esta palabra, alguna vez significa: 1º un hombre dotado de conocimientos superiores, divinos ó humanos; por eso al principio se dió el nombre de *videntes* (los que ven), ú *hombres*

ilustrados, á los que despues se llamaron *profetas*; libro I de los *Reyes*, ix, 9. En este sentido, S. Pablo llama *profeta de los cretenses* á un hombre de su nacion que lo habia pintado al natural, *Epist. á Tit.*, i, 12. Y en la 1ª *Epist. á los Corint.*, xiv, 6, llama *don de profecía* los conocimientos superiores que Dios concede á ciertos fieles para instruir y edificar á los demás, y le prefiere al don de lenguas. Lo que dijo el Señor en el c. 13 de S. *Mat.*, v. 37, que nadie es *profeta en su patria*, puede tener el mismo sentido.

2º El que tiene un conocimiento sobrenatural de las cosas ocultas, presentes ó pasadas; de este modo profetizó Samuel anunciando á Saúl que estaban salvas las pollinas que buscaba. Los soldados que maltrataban en el pretorio de Pilátos á nuestro divino Salvador, le decian: *Profetiza quién es el que te hirió.*

3º Un hombre inspirado, á quien Dios hace hablar, aunque no comprenda el sentido de lo que dice: de este modo nota S. Juan que profetizó Caifás respecto á Jesucristo, *que convenia que un hombre muriese por el pueblo*; *Evang. de S. Juan*, xi, 51. Josefo llama *profetas*, es decir, inspirados, á los autores de los trece primeros libros de la Sagrada Escritura.

4º El que lleva la palabra en nombre de otro: en el c. 7 del *Éxod.* dice Dios á Moisés: « Tu hermano Aaron será tu *profeta*, y hablará por ti. Jesucristo y S. Estéban acusan á los judíos de haber perseguido á todos los *profetas*, á todos los que les habian hablado de parte de Dios. Natan ejerció este oficio cuando reprendió á David el adulterio con Betsabea, y la muerte de Urias, y lo mismo podemos decir de S. Juan Bautista, cuando reprendió á Heródes por su comercio criminal con su cuñada.

5º Se llaman tambien *profetas* los que componian y cantaban himnos y cánticos de alabanza en honra de Dios con un entusiasmo que parecia sobrenatural. Cuando Saúl encontró una multitud de estos cantores, se juntó con ellos, y se asombraron de verle entre los *profetas*; lib. de los *Reyes*, x v. 6. Cuando sobrecogido de un acceso de melancolía cantaba en su habitacion, dice el historiador sagrado que profetizaba, c. 18, v. 10. David, Asaf y otros eran *profetas* en el mismo sentido, y los jóvenes que se ejercitaban en este arte se llamaban *los hijos de los profetas*, libro IV de los *Reyes*, c. 2.

6º Este nombre designaba tambien al que tenia un poder sobrenatural, como el don de hacer milagros; en el c. 68 del *Eclesiástico*

leemos que el cuerpo de Eliseo *profetizó* despues de su muerte, porque el contacto de este cadáver bastó para resucitar un muerto que ya estaba colocado en el sepulcro. Viendo los milagros de Jesucristo, decian los judíos: « Se suscitó entre nosotros un gran *profeta*, y Dios visitó á su pueblo. » *Evang. de S. Luc.*, xvi, v. 7.

7º Finalmente, en el sentido propio un *profeta* es un hombre á quien Dios descubre lo futuro, á quien dió á conocer cosas que ni sucedieron, ni puede prever la sabiduría humana, dándole al mismo tiempo orden para anunciarlas. Este don sobrenatural es un signo cierto de mision divina, y prueba que el que lo tiene es enviado por Dios. En este sentido fueron *profetas* Isaías, Jeremias, Ezequiel, etc., y sus profecías son una parte del antiguo Testamento.

Los incrédulos confunden todas estas acepciones, y tratan de degradar el oficio de *profeta*: dicen que era un arte que se podia estudiar, porque habia escuelas de profetas entre los judíos. Si por el nombre de *profeta* solo entendemos un hombre mas ilustrado que el comun del pueblo, un orador, un poeta, ó un músico, no hay duda que este talento se podia adquirir, y habia escuelas para instruir en esto la juventud. Pero tomando el nombre de *profeta* en un sentido mas propio por un hombre inspirado por Dios, que le dió potestad para hacer milagros, para prever y anunciar lo futuro, no era un arte, sino un don sobrenatural que solo Dios podia conceder; por poco que queramos examinar las predicciones de los *profetas* judíos, veremos que no tenian parte en sus anuncios el artificio, los prestigios ni la impostura.

En vano estos mismos incrédulos se empeñan en que hubo *profetas* supuestos en casi todas las naciones, y que los unos no fueron mas inspirados y mas respetables que los otros, que todos ellos fueron fanáticos visionarios que sedujeron á los pueblos. La multitud de *profetas* verdaderos ó falsos, la confianza que todos los pueblos tuvieron en sus predicciones, solamente sirve para probar que todos los países convienen en creer que el conocimiento de lo futuro es un atributo de la Divinidad; que Dios puede concederlo á los hombres, y que efectivamente lo concedió á algunos personajes privilegiados: en todo esto no hay ningun error. Saber si un hombre que se atribuye este don efectivamente lo posee, es otro punto que exige el mas detenido exámen, y no hay duda que en esto fueron demasiado crédulos la mayor parte de los pueblos.

¿Pero es verdad que no hay ninguna diferencia entre los *profetas* de los judíos, y los adivinos ó los oráculos de las otras naciones? Los incrédulos no se tomaron el trabajo de hacer esta comparacion.

1º Las profecías no comenzaron entre los judíos; y este don que Dios quiso conceder á los hombres es tan antiguo como el mundo: apenas fué criado Adán, cuando viendo la compañera que Dios le habia dado, profetizó la íntima union que reinaria entre los esposos; y aun no era tiempo de que pudiese haberlo conocido por experiencia. Luego que cayó en el pecado, le anuncia Dios un Redentor, aunque no debia venir hasta cuatro mil años despues. Avisa Dios á Noé del diluvio universal ciento veinte años antes que sucediese; instruye á Abraham sobre la suerte futura de su posteridad. Jacob, en los brazos de la muerte, descubre á cada uno de sus hijos el destino de su familia; y José llegó á ser el primer ministro del Egipto por el don de profecía, etc. Podemos decir en cierta manera que en los primeros tiempos gobernó el mundo la Providencia divina por medio de las profecías, aunque solos los judíos fueron sus depositarios.

2º Estos hombres dotados del espíritu profético no son simples particulares, sin autoridad ni consideracion; fueron los personajes mas respetables del universo, patriarcas, jefes de familias ó de poblaciones numerosas; Abraham, padre de muchos pueblos; Jacob, tronco de las doce tribus de su nacion; Moisés, fundador de una república y autor de una legislacion que debia durar mil y quinientos años; son los jueces ó jefes soberanos del mismo pueblo; David que fué su rey, Isaías nacido de estirpe real, Ezequiel de la tribu de los sacerdotes, y Daniel primer ministro que gozaba de toda la autoridad del soberano de los asirios, etc. ¿Habrà quien se atreva á comparar estos grandes hombres con los vagos que en otras naciones ejercieron el oficio de adivinos para ganar su vida?

3º Los *profetas* que menciona la Historia sagrada, no solo fueron respetables por el distinguido lugar que ocupaban en el mundo, sino tambien y aun mucho mas por sus virtudes, su valor, su amor á la verdad y su sumision á las órdenes de Dios. Jamás abusaron de sus luces sobrenaturales para lisonjear las pasiones de los reyes, de los grandes ni de los pueblos; corregian altamente sus vicios, y les anunciaban el castigo de Dios con igual firmeza que sus beneficios. Muchos fueron víctimas de su celo, como lo habian

previsto, y arrojaron los tormentos y la muerte por decir la verdad que Dios les habia revelado. Los mismos incrédulos conocieron las consecuencias de este oficio, y le ridiculizaron, diciendo que la profesion de *profeta* era *mal oficio*; no hay duda que lo era á los ojos de este mundo, y esto prueba que nadie fué tentado de usurparle. Si el oficio de filósofo estuviese en nuestros días sujeto á tan duras pruebas, seria menos buscado por nuestros bellos espíritus. Hubo falsos *profetas*, la misma Historia sagrada nos lo dice, pero predicaban la idolatría; solo anunciaban prosperidades y desacreditaban á los verdaderos *profetas* del Señor; eran unos hombres inconsecuentes, y se verificó la falsedad de todas sus predicciones. No es muy difícil aplicar los rasgos de este cuadro á los que profetizaron en nuestros días la próxima destruccion del cristianismo.

4º Las profecías del antiguo y nuevo Testamento no son relativas al vil interes de los particulares, ni lisonjean las pasiones, el gusto y la curiosidad de nadie, como los falsos oráculos de los paganos. Por boca de los *profetas* habla Dios como maestro y Juez Supremo de las naciones, y como árbitro de su suerte presente y futura. Anuncian los destinos, no solamente del pueblo judaico, sino que su principal objeto es la venida del Redentor, la vocacion general de todos los pueblos al conocimiento de Dios y la felicidad eterna de todos los hombres. Estos grandes acontecimientos eran dignos de ocupar la providencia de Dios, y de llamar toda la atencion del género humano. Para disminuir la importancia de las profecías, tratan los incrédulos de aislarlas, concentrándolas en un rincón de la Judea, y cerrando los ojos sobre la relacion que tienen con el interes general del mundo: jueces ciegos é infieles jamás nos privarán de ver lo que contienen los libros de los *profetas*. Estos no se reducen á frases ambiguas y sentencias enigmáticas, como los oráculos de Delfos; son discursos completos y seguidos, que presentan unos mismos objetos pintados con diferentes imágenes.

Es verdad que los judíos, los maniqueos, los socinianos y los incrédulos disputan sobre su sentido; pero todos obran por interes de sistema: despues de diez y siete siglos la Iglesia de Jesucristo no ve sino los mismos objetos en las profecías, Jesucristo, sus misterios, la vocacion de las naciones á la fe, el plan de la redencion del mundo; y los antiguos doctores judíos veian en ellas lo mismo que los cristianos: ¿de qué sirven contra

esta antigua tradicion confirmada por Jesucristo y sus apóstoles unos argumentos dictados por la ignorancia ó por el deseo de cegarse?

5º Estas profecías forman una serie continuada y una cadena que se extiende desde Adán hasta Jesucristo: la raza de la mujer que debe quebrantar la cabeza de la serpiente; el jefe nacido de Judá, que debe reunir los pueblos y las naciones; el descendiente de Abraham, en quien serán benditos todos los países de la tierra; el *Profeta* semejante á Moisés, á quien se debe escuchar, so pena de incurrir en la venganza de Dios; el Sacerdote eterno segun el orden de Melquisedech, de quien habla David; el Hijo de una Virgen anunciado por Isaías; el Varon de dolores, cuyos tormentos describe; el Ungido del Señor preso por los pecados de su pueblo, que arrancaba los gemidos de Jeremías; el Cristo, jefe de las naciones, cuya venida predice Daniel, fijando la época; el deseado de las naciones; el Angel de la nueva alianza, que vieron llegar al templo los últimos profetas Ageo y Malaquías, ¿son un personaje diferente del Cordero de Dios que describe S. Juan Bautista, señalándole con el dedo, y á quien habia preparado los caminos?

De estas profecías, una confirma la otra, y se aclaran mas y mas cuando se aproximan los acontecimientos, hasta que por último su cumplimiento descubre enteramente su sentido. Quien no ve en ellas un plan meditado y dirigido por la Providencia, trata de cegarse de intento.

6º Últimamente, los profetas no anunciaron en secreto sus predicciones, ni las consignaron en ocultas memorias; las publicaron á la faz del mundo, á presencia de los reyes y de los pueblos, y muchas veces las circularon por escrito, para que pudiesen examinarlas á su gusto, y tuviesen tiempo los incrédulos para convencerse de su verdad. Fueron conservadas con el mayor esmero por la misma nacion que podia ver en ellas sus propios crímenes, y el manantial de todas sus desgracias: nosotros las conservamos segun fueron escritas, y muchas pasan de tres mil años de antigüedad. Es forzoso, pues, que sean de una importancia muy diferente, que los falaces y frívolos oráculos con que alimentaron su credulidad los miserables sectarios de la idolatría.

Preguntamos á nuestros adversarios, si tendrán valor para colocar á unos y otros en el mismo rango, y para sostener que los profetas de los judíos fueron como los de los paganos, unos viles truanes, miserables y

sin honor, que traficaban con la divinacion, impostores que abusaban del pueblo, ó aun viciosos que querian darse crédito é importancia; sediciosos pagados por los sacerdotes para inquietar á los reyes y turbar la nacion; fanáticos insensatos que fueron la causa de todos los males que padeció, porque se los habian anunciado. Con estos negros colores han querido pintarlos los incrédulos de nuestro siglo. Pero nada nos sorprende. Esta serie de profecías es, segun la expresion de S. Pedro en la *Epíst.* 2ª, i, 19, un rayo de luz que disipa todas las tinieblas: demuestra una revelacion divina, una religion que el mismo Dios reveló á los hombres desde el principio del mundo, que confirmó de siglo en siglo con nuevas pruebas, y que quiere perpetuar hasta las últimas generaciones de la estirpe humana. Los incrédulos no se sienten con bastante capacidad para entrar en la discusion de estos divinos oráculos, y tuvieron por mas fácil ridiculizar y envilecer á los *profetas*. La diferencia que hay entre las costumbres de los antiguos orientales y las nuestras, les ofreció motivos para la mas sangrienta sátira, en la cual brilla singularmente su capacidad. En el artículo particular de cada *profeta* respondemos á los cargos personales que les hacen nuestros adversarios.

Dodwél, en sus *Disertaciones sobre S. Cipriano*, emplea la cuarta en probar que el espíritu profético continuó entre los cristianos por lo menos hasta el reinado de Constantino, ó hasta el siglo IV: que no se puede sospechar que hubiese ilusion, y que san Pablo enseña á los fieles ciertas precauciones muy sábias para distinguir con seguridad la verdadera inspiracion del fanatismo, y la verdad del error. En el artículo *VISION PROFÉTICA* extractaremos la citada disertacion.

Mosheim, en las suyas sobre la *Hist. ecclés.*, t. 2, p. 132, compuso tambien otra para probar que hubo *profetas* en la Iglesia de Jesucristo, tomada esta palabra en el sentido mas rigoroso por unos hombres que poseen el don de conocer y de anunciar lo futuro. En los *Hechos apost.*, ix, 28, se dice que un *profeta* llamado Agabo, anunció el hambre que hubo en la Palestina en el reinado del emperador Claudio; y en el c. xxi, v. 10 y 11, aseguró á los fieles de Cesarea, á presencia de S. Pablo, que este apóstol seria preso y cargado de cadenas en Jerusalem; y entregado á los gentiles por los judíos; S. Pedro, en la *Epíst.* 2ª, ii, 1 y 2, predice á los fieles, que aparecerán entre ellos *falsos profetas*, que seducirán muchas personas, y formarán sectas

perniciosas. S. Pablo asegura lo mismo en muchas de sus Epístolas, y se cumplieron estas profecías. En el mismo l., xxvii, 22 asegura á los que estaban en el mismo barco que S. Pablo, que ninguno de ellos perecería, á pesar de la violencia de la tempestad que padeció la embarcación; y el suceso verificó la certidumbre del anuncio. El Apocalipsis de S. Juan es una profecía casi continuada. Este crítico no tuvo otro designio que el de confirmar las pruebas de Dodwel.

Pero hace ver que en muchos pasajes del nuevo Testamento en que se habla de *profetas* y profecías, no solo se trata de hombres que habian recibido de Dios el don de anunciar lo futuro, sino de hombres suscitados ó inspirados por Dios para explicar con perfección la doctrina de Jesucristo, anunciar á los fieles la voluntad de Dios, descubrir hasta los mas secretos pensamientos de los corazones, y en una palabra para instruir, reprender, y corregir con una sabiduría sobrenatural. S. Pablo distingue este oficio del de los simples doctores en la *Epíst. á los Romanos*, xii, 9; *1ª Epíst. Corint.*, xii, 10; *Epíst. á los Efesios*, iv, 11, etc. De este modo se tomó allí el nombre de los *profetas*, como en el antiguo Testamento, en el sentido mas extenso, por un hombre inspirado por Dios é ilustrado con una luz sobrenatural.

Muchos críticos protestantes sostienen que el don de profecía, en los lugares citados, solo significa una capacidad singular para entender y explicar las profecías del antiguo Testamento. Mosheim prueba contra ellos que no se trata de una capacidad natural ó adquirida, sino de un don sobrenatural de Dios, porque S. Pablo lo pone en la misma esfera que el don de lenguas y el de curar los enfermos; que este don fué concedido á ciertas y determinadas personas, no solo para entender las antiguas profecías, sino tambien para anunciar otras nuevas, y para hacer milagros. S. Ireneo y Orígenes aseguran que substistia en su tiempo este don en la Iglesia: Dodwel y otros autores dicen que duró hasta la conversion de Constantino, por consiguiente hasta principios del siglo IV.

Tenemos una satisfaccion en que el doctor Mosheim hubiese sostenido esta verdad, pero no alcanzamos cómo puede conciliarse con lo que dice en otra parte, que desde el tiempo de los apóstoles principió á sufrir alteraciones la doctrina cristiana por falta de luces, y por la temeridad de muchos doctores. No podemos comprender cómo un Dios que tuvo la bondad de conservar por espacio de tres siglos los dones milagrosos y la inspiración di-

vina en su Iglesia, nada hizo por prevenir y evitar la alteración de la doctrina cristiana, y cómo todos estos profetas del nuevo Testamento no hicieron todos los esfuerzos posibles para remediar esta pretendida alteración; porque de lo contrario ¿de qué les sirvió el don de profecía? Las dos suposiciones de Mosheim nos parecen contradictorias; y extrañamos que no las hubiese percibido un doctor de tan probada sagacidad. Dodwel discurre con mas consecuencia, porque los anglicanos admiten la autoridad de la tradición por lo menos en los tres primeros siglos.

PROFETAS (Falsos). En la Sagrada Escritura se habla con frecuencia de *falsos profetas*, que se decían enviados, ó inspirados por Dios, aunque no lo eran; que hacían falsas predicciones por complacer á los reyes y á los pueblos, que contradecían y desacreditaban á los verdaderos *profetas* del Señor. En el *cap. 13 del Deuter.* prohíbe Moisés á los judíos escuchar á un pretendido *profeta* que quería inducirlos en la idolatría, y mandaba que semejante hombre fuese castigado con pena de muerte. Los sacerdotes de Baal se vendían por *profetas*, y engañaban á Acab, anunciándole solo prosperidades: Miquéas, *profeta* del Señor, dice á este monarca que Dios envió un espíritu de mentira á la boca de todos estos falsos *profetas*, libro III de los *Reyes*, xxii, 23. Dice Dios por *Ezequiel*, xiv, 9. « Cuando un *profeta* llega á extraviarse, yo soy quien le ha engañado. » Los incrédulos alborotaron mucho con estos pasajes. ¿Puede Dios, dicen, engañar á un *profeta*? ¿Puede enviar á su boca el espíritu de la mentira? ¿Qué señales nos quedan para distinguir los verdaderos de los falsos *profetas*, y para saber si debemos dar crédito á un hombre que asegura que nos habla de parte de Dios?

Respuesta. En aquellas circunstancias la señal era bien palpable: los *profetas* de Acab eran idólatras; Miquéas adoraba al verdadero Dios y profetizaba en su nombre; y Moisés habia dado esta señal á los israelitas para distinguir á los verdaderos de los falsos *profetas*. *Deuter.*, *cap. 13*. En cuanto al discurso de Miquéas á este monarca es evidente que es una parábola alegórica, y sería una locura el querer tomarla en sentido literal. En él se representa á Dios sentado sobre un trono celebrando consejo con sus ángeles, como un monarca con sus ministros, que conversa con el espíritu engañador, etc. ¿Podría entenderse todo esto en sentido literal? Aunque Dios diga al espíritu maligno: *Vé y*

haz lo que quieras, esto no es una orden positiva, ó una comisión expresa de Dios, sino una simple permission que le concede. Por consiguiente nada significa, sino que Dios permite á los falsos *profetas* que cieguen y engañen al monarca: estos malvados querían conseguir favores de Acab, y este príncipe quería ser engañado, y Dios no impidió que se verificase.

Cuando se dice que Dios engaña á los *profetas* significa que Dios no impide el que se engañen, y que en algunas circunstancias no les concede las luces sobrenaturales que necesitarían para conocer la verdad y anunciarla. En los artículos CAUSA, ENDURECIMIENTO, PERMISSION, hicimos ver que en todas las lenguas se usa el representar como causa de un acontecimiento lo que no es mas que ocasión; y el llamar pura *permission* al consentimiento positivo para una cosa, y la inacción en que se está dejándola hacer; equívocos con que se pueden multiplicar los argumentos hasta el infinito. En el mismo *Ezequiel*, vii, 6 y 7, se lamenta Dios de que los falsos *profetas* cometan la osadía de hablar en su nombre, á pesar de que nada les dijo, ni era él quien los enviaba. Por consiguiente ninguna parte tenia Dios en las falsedades que esparcían. En este sentido se dice en el *c. xiv, 9*, que los engañó, enviando castigos á los idólatras en lugar de los beneficios que les prometían los impostores. Permitted que hubiese falsos *profetas*, así como permite que haya falsos doctores, malos filósofos y predicantes incrédulos, que engañan á sus lectores con falsos discursos, como los *profetas* infieles engañaban á los judíos con falsas promesas.

PROFETAS. Herejes entusiastas que aparecieron en Holanda donde se llamaron *profetantes*, y hay motivo para creer que eran cuácaros. Los mas de ellos se aplicaban al estudio del griego y del hebreo; todos los primeros domingos del mes se reunían en un lugar cerca de Leida, y pasaban todo el día leyendo la Sagrada Escritura, proponiendo diferentes cuestiones, y disertando sobre el sentido de algunos pasajes. Dicen que afectaban mucha probidad, que tenían horror á la guerra y á la profesion militar; y que en muchas cosas sostenían la misma doctrina que los arminianos ó remonstrantes. Sin embargo no los acusan de haber profetizado; y probablemente los llamaban *profetantes* porque se creían inspirados é iluminados como los cuácaros.

Pero Mosheim confiesa que en el siglo pasado hubo entre los protestantes una multi-

tud de fanáticos que se tenían por *profetas* y que se mezclaban en anunciar lo futuro: por absurdas que fuesen sus predicciones, no les faltaron partidarios y apologistas. Nombra expresamente á Nicolás Drabicio, á Cristóforo Kotter, á Cristina Poniatovia y á otros muchos de menos celebridad en su *Hist. ecles. del siglo XVII, sec. 2, part. 2, c. 1, § 41*. Esta enfermedad de cerebro es tan antigua como la reforma, y contribuyó mucho á sus progresos. Lutero profetizó desde el principio de su predicación la próxima caída del imperio de los papas, y la ruina de Babilonia, esto es, de la Iglesia romana. Veía esta revolución en el *profeta* Daniel, y en S. Pablo, y se valió de este artificio para suscitar el odio de los pueblos contra el catolicismo; y el deseo de ver cumplidos los oráculos de Lutero puso mas de una vez las armas en las manos de sus sectarios. *Hist. de las Variaciones, l. 13, § 12; Defensa de esta Historia, primer Discurso, § 53, 1ª Instruct.; Pastoral sobre las promesas de la Iglesia, § 44.*

Lo mismo sucedió con los calvinistas: el célebre Jurieu se imaginó ver en el Apocalipsis los mismos acontecimientos que habia descubierto Lutero en Daniel y en S. Pablo, y se atrevió á fijar la época de la destrucción del papismo. Por desgracia suya y de los protestantes nada sucedió de lo que habian anunciado; pero si no comunicó á los calvinistas de las Cevénas y del Vivares el espíritu profético, les inspiró por lo menos el fanatismo furioso y sanguinario, y los obligó á tomar las armas. No se puede leer sin estremecimiento la multitud de muertes, de incendios, de crueldades, de profanaciones y de crímenes de toda especie que cometieron por espacio de veinte años. Fué preciso poner ejércitos en campaña, usar de los suplicios y de las ejecuciones militares para obligar á que entrasen en razón estos frenéticos, y reducirlos á doblar la cerviz al yugo de las leyes y de la obediencia. La memoria de estos desórdenes no se pudo borrar en mucho tiempo; y aun duraba en el año de 1710. Véase la *Historia del Fanatismo de nuestro tiempo*, por Brueys.

Con mengua de nuestro siglo se vió renovada una parte de este frenesí entre los partidarios de las convulsiones: el ejemplo de los protestantes debería corregir á los visionarios modernos, pero el espíritu de vértigo será siempre el mismo en todos los que se rebelan contra la Iglesia. « Dios, dice S. Pablo, los entregará de tal modo al error, que no creerán sino en la mentira; y serán con